



**Celeste 65**

José C. Vales

Destino, 2017;

581 páginas; 19,90 euros



José C. Vales.

la trama (el héroe sacado de su ambiente para, conducido por mano sabia, observar otro mundo: la Divina Comedia o las Cartas Marruecas o cualquier libro de aventuras), pero una complicación colosal de situaciones muy divertidas por lo general. José C. Vales deja que el carácter tímido e irresoluto de Nigel choque con la vivalavirgen de Celeste en una sucesión de capítulos cortos o muy cortos, en un tiouvivo caótico (“pero, bueno, eso bah”, que repite Nigel), ilustrativo a tope de lo que fuera aquella época en aquel lugar o lugares semejantes.

Que Vales sea traductor también no resulta anecdótico: escribe muy bien, en un tono casi de novela inglesa ligera e irónica (pleonasmos): “Dick era doctor de enfermedades venéreas, una profesión a la que se dedicó sin vocación pero con evidente perspicacia comercial, porque ‘esos majaderos universitarios siempre me darán de comer’, decía”. Las aperturas de cada apartado funcionan muy bien, suelen ser redondas: “Es propio de los locos negar su locura. Pero por lo que a mí respecta, estoy perfectamente seguro - siempre lo he estado- de que no estoy en mis cabales”, por ejemplo. O bien: “La mayoría de los seres humanos - de algún modo hemos de llamarlos- ignora que uno de los grandes placeres de este mundo consiste en comer queso en la cama”. Y las ocurrencias estilísticas son excelentes, como la larga enumeración que arranca con “Salvo Celeste, que no temía nada en esta vida salvo a los malos músicos, en 1965 todo el mundo tenía miedo a los comunistas, a los rusos, a los húngaros...” y termina con “... a las minas olvidadas, a Fidel Castro y, sobre todo, a nuestros propios cerebros”. No es solo un divertimento (una muestra: la disertación acerca de los bulos sobre los judíos), pero aunque ustedes quieran leerla solo como tal, no perderán el tiempo.



**Breve relación de vidas extraordinarias**

Martín Olmos

Pepitas de Calabaza;  
145 páginas; 11 euros

enigmático Albert Elder von Filek, que estafó en 1940 a Francisco Franco diez millones de las antiguas pesetas, asegurándole que convertiría el agua del Jarama en petróleo y casi consigue que el dictador se viese a sí mismo como un magnate petrolero tejano, enfundado bajo un slouch hat con un wild rag al cuello y tacones walking heef en las botas del Far West. Reseña merece también Ramón Clemente y García, que una noche de la Semana Trágica desenterró una monja jerónima y fue bailando con el cadáver hasta las puertas de la mansión del Marqués de Comillas, hecho por el que lo condenaron a muerte sin tener en cuenta el atenuante de «notoria subnormalidad». Tampoco debemos olvidarnos de Walter Harris Wiggins, que cumplió condena en Alcatraz por ser un entusiasta sexual del reverso de las mulas, cuestión penada en aquel entonces. A este inventario se suma Nguyen Ngoc Loan, cruel general vietnamita defensor de Saigón ante el avance de los chicos de Hô Chí Minh, al que Oriana Fallaci sorprendió lagrimeando frente a una postal con la imagen de Cristo. Y así sigue Olmos con más «orates y asesinos, monjas, cerdos y dos flatosos, una niña muerta, algún fragmento de tango, varios curas, anáforas, frecuentes procacidades, un truco o dos, una docena de penitencias [...], veintitrés putas y dos parientes» (p. 137). En conclusión: no leer ni disfrutar estas páginas debería figurar en el Código Penal como delito muy grave.

siguió la liberación de Jack Abbott de la cárcel por considerarlo inocente y a las pocas semanas de libertad volvió a asesinar con una crueldad extrema.

Breve relación de vidas extraordinarias nos hablará y descubrirá personajes arrinconados por el tren de la historia. Así nos presentará a Anatoli Vasílievich Lunacharski, al que acusa de teocida: «abrió un proceso contra Dios, lo condenó a muerte y lo mandó fusilar». No sabemos si por esto o por otra virtud similar, Joseph Stalin lo nombró embajador en España en 1933. O al más

**LA BRÚJULA**

EUGENIO FUENTES

**Cuando los holandeses cambiaron la manera de ver**

La historiadora neoyorquina Laura J. Snyder dedica parte de sus esfuerzos a acercar hitos de la evolución científica y filosófica al gran público. Pero es muy probable que hasta hoy no haya tenido el lector en castellano una oportunidad tan poderosa de beneficiarse de su talento como la que brinda *El ojo del observador*. En las más de quinientas páginas de este apasionante volumen, Snyder recrea cómo en el siglo XVII un grupo de científicos y pintores holandeses cambiaron el modo en el que vemos el mundo. Y lo hace tomando como eje a dos figuras radicadas en la localidad de Delf: el fabricante de lentes Antoni van Leeuwenhoek y el pintor Johannes Vermeer, quienes, gracias al microscopio y la cámara oscura, abrieron vías de una potencia que no imaginaban. En torno a ellos, cobra vida en el volumen la revolución basada en el reemplazo de la lógica aristotélica por el razonamiento de base empírica.



**El ojo del observador**

Laura J. Snyder

Trad. J. M. Álvarez

Acantilado  
536 pág. 29 euros



**El mal y el tiempo**

Carlos Fortea

Nocturna

204 páginas  
14 euros



**El conde de Montecristo**

Alexandre Dumas

Trad. J. R. Monreal

Navona  
1.296 pág. 45 euros



**La alta ruta**

Maurice Chappaz

Trad. Rafael-José Díaz

Periférica  
160 pág. 16 euros

**Muerte y corrupción en la segunda novela de Fortea**

Los jugadores, su primera novela para adultos, le valió a Carlos Fortea la condición de finalista del premio Espartaco en la Semana Negra gijonesa. Traductor de reconocida trayectoria –si han leído a Bernhard, Grass o Döblin, es muy probable que los hayan leído reescritos por Fortea–, el autor de *El mal y el tiempo* está forjado en la escuela de la palabra precisa y la frase de limpia cintura. Estamos en 1990 y estamos en 2012. Pero más en 2012, que es cuando se perpetra el crimen que dispara el engranaje de esta novela negra. Una narración cuyo aliento no está tanto en la investigación como en la mirada inquisitiva que busca las raíces de los desastres del presente en los excesos y engaños del pasado. Un penetrante fresco de historia de ahora mismo, pintado con corrupción, salpicado con sangre, amores y amistad, y fijado con “arte”, el valor refugio del dinero de cloaca.

**“El conde de Montecristo” en traducción fresca y canónica**

Entre las muchas líneas divisorias que surcan el universo lector hay una que fluye a muchas brazas de profundidad y separa a quienes aman y a quienes detestan a Dumas. Porque Dumas, por desigual que fuese el rendimiento de su factoría, y por muchos que fueran sus atropellos e imposturas, sigue siendo el rey nunca igualado de la narración en estado puro. Y a la cabeza de sus criaturas se encuentra, claro, *El conde de Montecristo* (1844-46), siempre en dura pugna con *Los tres mosqueteros* y sus secuelas (1844-47). Mientras unos prefieren el ciclo de D’Artagnan, quintaesencia del folletín de capa y espada, otros aprecian en las apasionantes aventuras de Edmond Dantès el modo de enroscar la justicia, el perdón y el castigo a la columna de la venganza. Como quiera, el lector dispone ahora, por primera vez, de una edición de *El conde...* basada en la francesa de 1993, que por su rigor se considera canónica. Felicitémonos.

**La Alta Ruta de los glaciares alpinos sentida por un poeta**

Quien consulte la biografía del poeta suizo Maurice Chappaz (1916-2009) percibirá de inmediato su carácter de hombre imprevisible, dominado por el impulso, lanzado siempre a navegar contra corriente. Chappaz fue, se dice, uno de los mejores conocedores de la Alta Ruta (Haute Route), la travesía alpina que, a lo largo de unos 180 kilómetros, enlaza el Mont Blanc con el Cervino. Un territorio de glaciares que se puede recorrer en una semana esquiendo o en dos si se va a pie. Pero, claro, la Alta Ruta, narrada por Chappaz, no alumbró un libro de alpinismo al uso sino una peculiar composición literaria en la que se funden hombre y paisaje en una aventura que el propio autor no duda en calificar de erótica. Huyendo de las explicaciones técnicas y lanzándose a tumba abierta a las simas de su subjetividad (“me persigo y huyo de mí”), Chappaz compuso uno de los textos más singulares sobre la alta montaña.